

SEMBLANZA DEL GENERAL PEREYRA (1850-1932)

**César Jordá Moltó
Víctor Manuel Galán Tendero**

EL RECUERDO DE UN REQUENENSE DE PREDILECCIÓN

“La ilustre Comisión municipal que tan dignamente os corresponde presidir, ha encontrado bien, en momentos de suprema generosidad, el que mi nombre, venido de otras tierras muy lejanas, sin más títulos que los del rudo cumplimiento de sus deberes militares y los otorgados por vuestra bondad, venga a figurar entre los esclarecidos que rotulan por sus probados merecimientos las calles de esta ciudad de abolengo glorioso, noble y leal por su tradición y por sus sentimientos.”

Así se expresaba en 1925 nuestro protagonista, el general don Juan Pereyra y Morante, cuyo nombre lleva una céntrica avenida de Requena. Si él llegó aquí en cumplimiento de su deber, los autores del presente artículo han llegado a él en seguimiento de sus aficiones. El primero, César Jordá Moltó, conserva entrañabilísimos recuerdos de su madre, que fuera maestra en la aldea de San Juan y que con mucha frecuencia daba clases a los sobrinos del general en la cercana finca de Santa Emilia. Además, quiso el destino que reconociera su retrato en la fortaleza de Ibiza durante un viaje con su señora en el 2005, que le reportó la grata ocasión de conocer a don Juan Pereyra Tur, familiar del general que tuvo a bien proporcionarle documentación del máximo interés sobre su persona. El segundo, Víctor Manuel Galán Tendero, localizó esparcidos testimonios de don Juan en los ricos fondos del Archivo Municipal de Requena, pero no encontraba una información más diáfana y de su gusto. Por desgracia hoy en día muchos requenenses no saben a ciencia cierta quién era aquel general, que también ha sido honrado con una vía pública en el Ensanche de Ibiza. El buen amigo don Francisco Piqueras Mas nos comentó que a comienzos de la Democracia se planteó borrar su nombre del callejero requenense por considerarlo un militar franquista, aunque lo cierto es que el buen señor falleció en 1932 a avanzada edad. Tiene mucha razón el también amigo don Ignacio Latorre Zacarés al sostener que a veces nos dejamos llevar por el victimismo cuando pensamos que todo es olvido del pasado. Al fin y al cabo el general Pereyra conserva su céntrica avenida, acogedora de proyectos municipales. Sin

embargo, la figura de don Juan permanece en un cierto olvido que es recomendable desterrar. Los autores desean dar a conocer mejor la figura de un hombre que se sintió requeenense de predilección. Un militar que vivió una época para España tan conflictiva como cambiante, que hace recomendable el estudio del Ejército a través de una vida particular a la hora de entender mejor nuestro atribulado pasado. Para facilitar la lectura del artículo hemos preferido situar las referencias documentales y bibliográficas al final del mismo. Las ilustraciones desean acercar la humanidad del general a los lectores.



Retrato del general Pereyra en la fortaleza de Ibiza

UN CADETE DEL EJÉRCITO DE ISABEL II

Juan Pereyra y Morante vio la luz un 27 de octubre de 1850 en Ibiza. En la isla nada auguraba la metamorfosis turística de nuestros días. A la sombra de su venerable pasado clásico, Ibiza todavía languidecía. Sus granos, vinos y aceites no obtenían toda la ganancia posible. La pesca yacía en el descuido. Sus caminos eran malos, excepto los que conducían a sus cotizadas salinas, capaces de atraer hasta cien buques anuales en busca de su apreciado producto. Junto con su apéndice de Formentera, Ibiza albergaba unas 24.025 personas, de las que 5.118 residían en la capital, dotada del título

de ciudad desde 1783. La localidad se articulaba entre la más señorial *Dalt Vila* y *La Marina* popular de inclinaciones liberales. Con un puerto distante de aprovechar su capacidad, la fortificación comenzada en tiempos de Carlos I, la Real Fuerza, todavía se alzaba con señorío en su paisaje urbano, atrayendo la vocación de no pocos ibicencos, que en opinión de Pascual Madoz eran tan valientes y buenos marineros como poco inclinados al trabajo cotidiano.

Nuestro protagonista era hijo de Plácido Pereyra y González, militar nacido en Madrid en 1821, en pleno Trienio Liberal. Trasladado a las Baleares, contrajo matrimonio con la ibicenca Antonia Morante y Tur. De tendencias progresistas, fue socio fundador en 1856 de la *Acadèmia del Poble*, que entre otras actividades impartía clases nocturnas a los obreros. El jovencísimo Juan ingresó el 16 de diciembre de 1864 como cadete en el Regimiento de Infantería de Mallorca, veteranísima y fogueada unidad del ejército español que fuera creada en 1682 bajo el nombre de Tercio Nuevo de la Armada y del Mar Océano. También siguieron la carrera militar su hermano mayor Vicente (nacido en 1848) y su hermano menor Plácido, venido al mundo en 1864.

La vida de cadete tenía unas características particulares dentro del régimen castrense. Ante el rechazo que la profesión de las armas había conocido en la España del siglo XVII, se creó en 1704 la clase de cadetes para acceder a la oficialidad con la vista puesta en la atracción de los distantes hidalgos. En 1722 se estableció su acceso para todo hijo de noble u oficial, capaz de costearse su mantenimiento diario. Los vástagos de oficiales podían ingresar en la cadetería a los 12 años, y a los 16 el resto de beneficiados, si bien los méritos paternos se contabilizaron para aminorar la segunda de las edades prefijadas. El triunfo del liberalismo en el siglo XIX comportó la abolición de la condición nobiliaria como estamento diferenciado, y los hijos de la oficialidad se consideraron al principio como la principal cantera de cadetes. Nuestro hombre, de familia militar, se convirtió en cadete a los 14 años siguiendo la Real Orden del 2 de abril de 1862.

El cadete Pereyra cursó sus estudios particulares en un tiempo en que la enseñanza militar suscitaba polémica. Los oficiales del ejército español no siempre gozaron de la mejor preparación técnica por diversas circunstancias, y el conde de Clonard se mostró un firme adalid de la formación académica. Las escuelas de los regimientos y los centros de enseñanza de las distintas armas y servicios se sustituirían por un Colegio General de todas las Armas. Sin embargo, el gobierno decretó su cierre en 1850: cada arma tendría su propia academia. La de Infantería de Toledo resultó desastrosa, y el general Prim la clausuró en 1868.

Juan Pereyra no estudió en Toledo, sino en la escuela de su Regimiento, a cargo de oficiales con talento para formar el espíritu juvenil en los aguerridos cometidos del ejército. La calidad de la enseñanza era más humana que técnica. Se insistía en el conocimiento de las Reales Ordenanzas y en los ejercicios militares. El principio de

disciplina era fundamental, así como inculcar el espíritu de mando en los futuros oficiales. También se atendía al conocimiento de la administración económica en lo más básico y a cuestiones de vestuario, tan significativas en el imaginario de los militares.

Los cadetes no se mezclaban con las sufridas clases de tropa (una de las ventajas esgrimidas ante los aspirantes a la oficialidad), pero participaban plenamente de la vida de su unidad militar. El Regimiento de Mallorca fue movilizado por los inestables gabinetes del declinante régimen de Isabel II. El 10 de abril de 1865 se produjeron las alteraciones de la Noche de San Daniel, en protesta de la destitución de Castelar de su cátedra por sus críticas a la monarquía, y el 22 de junio de 1866 la de los sargentos de artillería del matritense cuartel de San Gil. En los movimientos insurreccionales anduvo el general Prim por tierras valencianas.

El 9 de agosto de 1866 el cadete Pereyra embarcó con su Regimiento precisamente a Valencia, alcanzando el Grau el día 11. Hasta el 20 de noviembre estuvo de guarnición en Murviedro, así llamada Sagunto hasta 1907, cuando recuperó su antiguo nombre bajo el gabinete de historicismo conservador de Antonio Maura. El 29 de junio de 1867 partió hacia Madrid, llegando el 3 de julio. Sería la primera vez que nuestro hombre pasara por tierras requenenses, entonces angustiadas por los brotes coléricos, los problemas sociales y el declive sedero, parcialmente compensado con el desarrollo del cultivo de las viñas.

España se encontraba atenazada por una aguda crisis política, social y económica. La dictadura civil de Marfori y González Bravo había desterrado a muchos de los grandes generales del país, que se unieron circunstancialmente para derrocar a la voluble Isabel II. El 21 de septiembre de 1868 el Regimiento de Mallorca marchó a las órdenes del capitán general del Distrito de Andalucía el marqués de Novaliches. El cadete Pereyra iba a combatir contra los defensores de la Gloriosa.

Tras franquear Despeñaperros las unidades de Novaliches, las tropas revolucionarias se atrincheraron a doce kilómetros de Córdoba, en el puente de Alcolea. Las conferencias de los días 27 y 28 de septiembre para conseguir el paso de Novaliches al campo revolucionario fracasaron. Se impuso su deber caballeresco hacia una causa a la que había jurado fidelidad. Las hostilidades se abrieron el mismo día 28. El joven Juan libraría aquella batalla junto a su veterano padre y sus dos hermanos Vicente y Plácido. Los realistas Cazadores de Madrid chocaron con los Cazadores de Simancas, combatiendo al estilo de los *bersaglieri* italianos. Las líneas de los alzados permanecieron firmes con la ayuda del paisanaje. Con arrojo cargaron contra ellas los escuadrones de caballería del conde de Girgenti, el yerno de Isabel II. De nada sirvió, y el propio Novaliches atacó por el sector izquierdo, cayendo por herida en la quijada (ocasionándole no pocas burlas posteriormente). Resignó el mando en el general Paredes, que acordó al final de la jornada el alto el fuego.



Batalla de Alcolea

En Alcolea cayeron 900 hombres de ambos bandos, y para el cadete Pereyra significó un auténtico examen de graduación. Los generales insurrectos tendieron la mano a los militares aún remisos, y se ofrecieron compensaciones y reconocimientos. Su padre ascendió de comandante a teniente coronel. El 22 de octubre obtuvo nuestro hombre por promoción el título de alférez con antigüedad del primero de julio, y por méritos de guerra en Alcolea el *grado de teniente* u oficial subalterno capaz de complementar a los militares de carrera en cometidos específicos. Cercano a los 18 años vivió las circunstancias de la Revolución Gloriosa, que alcanzó el éxito con poca efusión de sangre inicial, al igual que la admirada revolución inglesa de 1688. El primero de octubre Juan Pereyra se había pasado al *alzamiento nacional*. El 30 de septiembre, Isabel II, *la de los tristes destinos*, había cruzado vencida la frontera hispano-francesa.

DE GUARNICIÓN EN LA ANDALUCÍA REVOLUCIONARIA.

Los abatidos y menguados seguidores de la reina no inquietaron a los triunfantes generales de la Septembrina a diferencia de sus aliados demócratas, cada vez más inclinados hacia soluciones republicanas y con muchos seguidores entre las clases populares. En fecha tan temprana como el 23 de septiembre de 1868 el general Prim tuvo que calmar en Algeciras los ánimos de la muchedumbre desde el balcón consistorial. La autoridad provisional decretó el 21 de octubre la disolución de las Juntas locales y el desarme de los Voluntarios. Estallaron insurrecciones en diferentes poblaciones andaluzas, muy castigadas por los problemas sociales, y la Revolución se sentó sobre las bayonetas.

Desde Andújar nuestro flamante oficial subalterno fue trasladado antes de finalizar 1868 a la guarnición de la inquieta Algeciras, donde el contrabando compensaba de

las insuficiencias agrarias y del aún escaso desarrollo pesquero. Aquí permaneció hasta el 2 de julio de 1870. Ante la amenaza republicana el comandante general del Campo de Gibraltar, con autoridad sobre Algeciras, le hizo prestar servicio a lo largo de 1869 en las fuerzas de artillería, cuyo régimen de promoción cerrada se distinguía vivamente del resto de las armas de nuestro ejército.

La bulliciosa Cádiz le deparó su siguiente destino, donde juró fidelidad el 29 de enero de 1871 al desafortunado Amadeo I de Saboya, que falto del soporte del asesinado Prim se debatió entre sus divididos partidarios, padeciendo una oposición carlista y republicana cada vez más firme. Del 23 de mayo al 15 de noviembre del 71 su batallón se desplazó a Granada, sede de Capitanía General. En aquel tiempo las unidades militares no se adscribían con rigidez a una circunscripción militar con categoría de fuerza operativa, y los distintos regimientos y batallones iban transitando de Capitanía en Capitanía según las incidencias militares, no disponiendo el Capitán General del mando en campaña necesariamente.

A Granada siguieron las plazas de Almería (15 de noviembre de 1871 a 15 de agosto de 1872) y Málaga, hasta el 27 de septiembre del 72. En la segunda ciudad, atenazada por una verdadera desindustrialización, no tuvo que lidiar con la revuelta republicana de noviembre de 1872 al ser trasladado su Regimiento a Melilla. En este *presidio* español en el Norte de África estuvo hasta el 3 de abril de 1874. Mientras tanto, el rey Amadeo había abdicado hartos de la política española y una Asamblea Nacional con minoría republicana había proclamado una República sobre cuya naturaleza se discutiría muy amargamente en el aciago 1873.

¿Qué clase de militar era el joven Pereyra? Ante todo un seguidor de la disciplina castrense nada inclinado a las aventuras políticas o a significarse ideológicamente. Su perfil más técnico lo aproxima más al de un profesional del Estado que al de un aventurero con charreteras. Sus dotes burocráticas ya fueron apreciadas por sus superiores. En la Capitanía General de Granada ejerció interinamente la comisión de ayudante de órdenes del Brigadier 2º. entre el 15 de agosto y el 27 de septiembre de 1872. Con los conocimientos estudiantiles aún frescos se haría cargo en Melilla desde el 29 de septiembre del 72 de la Escuela de Alumnos de su Regimiento. Nada insensible a los ascensos, pudo optar desde finales de enero de 1871 a las condecoraciones de la Real y Militar Orden de San Hermenegildo. La lucha contra los carlistas le brindaría una oportunidad única.

LOS DÍAS DE LA III GUERRA CARLISTA.

Derrotado el movimiento cantonalista, la I República se orientó hacia una vía más autoritaria encabezada por el general Serrano. Forzada por Bismarck y temerosa de la repetición del estallido de la Comuna, la III República francesa reconoció a su

homóloga del otro lado de los Pirineos con la esperanza depositada en evitar mayores desórdenes sociales. Sin embargo, el gran enemigo del régimen español no serían los revolucionarios demócratas y socializantes, sino los carlistas. Contra ellos emplearían sus energías muchos militares españoles. A comienzos de 1874 Carlos VII había conseguido establecer en territorio vasco-navarro un Estado embrionario con la vista puesta en el resto de la nación. En Cataluña, Valencia y Castilla la Nueva sus seguidores organizados en partidas realizaron progresos importantes. Ante muchos españoles se presentó don Carlos como la mejor alternativa ante el desorden.

Los carlistas dieron un paso adelante cuando emprendieron el sitio de la liberal Bilbao con la mirada puesta en el reconocimiento diplomático y el acceso al crédito internacional. Don Carlos dispuso su cuartel en Valmaseda y 20 batallones se desplegaron de Zornoza a Somorrostro. El 21 de enero comenzó el bombardeo carlista, soportado con temple estoico por la población civil. El intento del general Moriones de alzar el asedio fracasó y el mismísimo Serrano se puso al frente de dos cuerpos de ejército, totalizando unos 24.000 hombres. Desde Santander se planeó una acción combinada por tierra y por mar contra los carlistas. Sin embargo, el desembarco de la División Loma en Algorta y Plencia no tuvo éxito, e igual resultado cosecharon las fuerzas terrestres en el valle del Somorrostro el 25 de marzo. Los liberales no se dieron por vencidos y movilizaron mayores fuerzas.

Don Manuel Gutiérrez de la Concha, marqués del Duero, dirigiría el III Cuerpo de Ejército de Operaciones en el Norte compuesto por 18.000 hombres organizados en tres divisiones. El final de las hostilidades cantonalistas permitió realizar semejante esfuerzo, el de formar un gran dispositivo militar con unidades de todas las armas y servicios, pese a la prosecución de la rebelión en Cuba. El Regimiento del teniente Pereyra partió de Melilla el 3 de abril de 1874 para unirse al III Cuerpo. Primero recabó en Málaga y Álora. Tampoco cabe olvidar que el marqués del Duero era en la provincia malagueña un riquísimo hacendado gracias a su matrimonio y a su talento empresarial en el negocio azucarero, pues su influencia y poder reforzaría el ejército en ciernes. El 13 de abril llegó a Santander.

La singladura de nuestro hombre en la III Guerra Carlista pasó por cuatro etapas básicas. En la primera, del 13 de abril al 6 de junio del 74, *tomó duro contacto* con el conflicto, participando en las últimas fases de la lucha por levantar el sitio de Bilbao. Los carlistas no contaban con el tren de artillería oportuno, y desde Santander se intentó romper el cerco una vez más por el valle del Somorrostro. Las jornadas del 27, 28 y 30 de abril el teniente Pereyra se comportó valerosamente en las acciones de Otañez, Alturas de las Muñecas y Galdames, que dieron su anhelado fruto el simbólico Dos de Mayo, cuando los liberales alzaron el cerco bilbaíno.

En unas áreas castigadas por la guerra y enfermedades como la viruela y el tifus,

Pereyra participó en el *intenso pulso en tierras vasco-navarras* desde el 6 de junio de 1874 al 24 de junio de 1875 para abatir al carlismo. Los liberales no pudieron liquidar con presteza la contienda al no poder tomar Estella, y los carlistas no consiguieron rendir las grandes capitales. En consecuencia se libraron feroces combates de desgaste y se emprendieron agotadoras marchas, imponiendo progresivamente los liberales su superioridad numérica en el campo de batalla. Juan Pereyra pasó del Regimiento de Mallorca al Batallón de Cazadores de Alcolea. A las órdenes de distintos comandantes de campo luchó en el navarro Monte Muru, en la toma de Laguardia (enclavada en la Rioja alavesa), en el levantamiento del asedio carlista de Irún y en la acción de Lorca del valle de Yerri, entre Estella y Puente la Reina. Aguantó con entereza el acampamiento en el Monte Esquinza. Trasladado a otra unidad de cazadores, la de la Habana, se encargó de misiones de protección de trincheras y fuertes en construcción, y asistió a la derrota en Lácar del joven Alfonso XII, a punto de caer prisionero y escarnecido por estos versos populares:

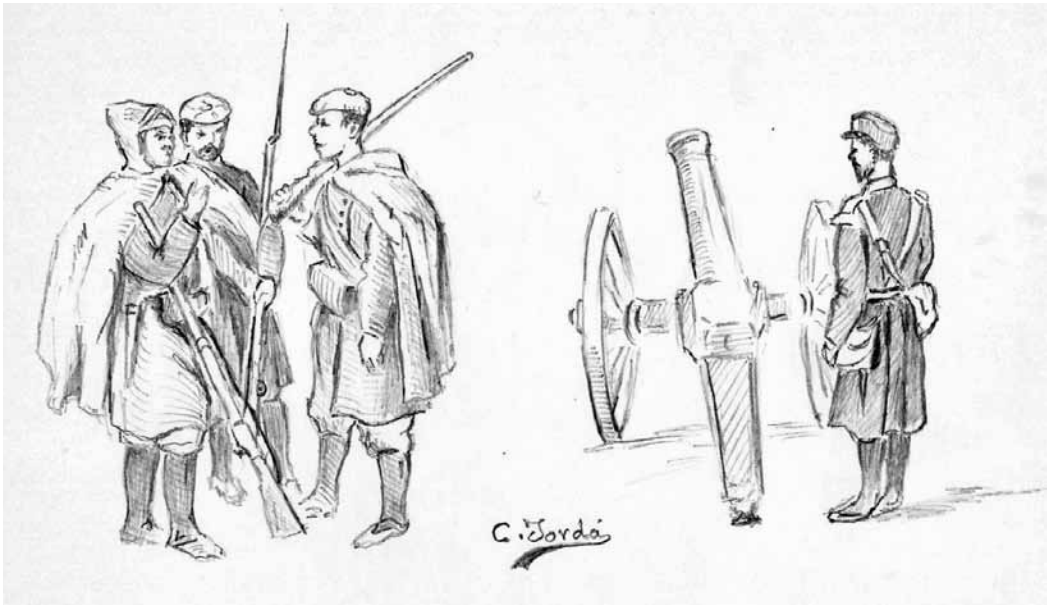
*En Lácar, chiquillo,
te viste en un tris,
si Don Carlos te da con la bota,
como una pelota
te planta en París.*

Esta victoria carlista no impugnó la Restauración borbónica, conducida con mano maestra por Cánovas del Castillo. El agotamiento de los partidarios de don Carlos era más que evidente, propiciando que la guerra en el Norte tuviera los meses contados. En *los combates alaveses y de terminación de la contienda* (24 de junio de 1875-22 de febrero de 1876), Pereyra demostró su veteranía en el frente. Los liberales atajaron todo intento carlista de salir de sus santuarios vasco-navarros hacia Castilla y combatieron denodadamente para enlazar Madrid y Miranda de Ebro con Vitoria, Bilbao y San Sebastián con el objetivo puesto en la caída del núcleo de Estella-Pamplona. Pereyra pasó por Alfaro y Miranda de Ebro, y tomó parte en las batallas del Condado de Treviño, Peñacerrada y Salvatierra. Intervino en la conquista de Villarreal de Álava. Reforzó desde Miranda la línea del Ebro apuntado a Navarra. Guarneció las trincheras de Oricain. Tras participar en la acción de Villareal, en la batalla de Elgueta y en la ocupación de la línea del Oria, entró en Tolosa bajo las órdenes del rey don Alfonso. El 28 de febrero Carlos VII marchó a Francia derrotado.

Finalizada la guerra permaneció en tierras del Norte peninsular hasta finales de agosto de 1877, verdadero *epílogo* de aquellos hechos de armas en una tierra a tranquilizar, máxime después de la abolición de los fueros vascos (21 de julio de 1876).

De guarnición en el Cantón de Briones en Logroño y en Vitoria, pudo disfrutar al menos de dos meses de licencia por asuntos propios en su tierra natal de Ibiza, muy probablemente para visitar a su familia.

Indiscutiblemente, la III Guerra Carlista había significado para él una intensa prueba, en la que comenzó como teniente y promocionó a teniente coronel de grado gracias a su arrojo en las unidades de infantería más intrépidas, los cazadores, especialmente aptos para el asalto de las trincheras de los carlistas ayunos de artillería. Su edad de oro estuvo entre los progresos tácticos de las líneas capaces de configurarse en columnas de tiempos napoleónicos y las primeras demostraciones del poder de la guerra defensiva a base de atrincheramientos, piezas de artillería y primeras ametralladoras. La forma de combatir de don Juan Pereyra se acercó más a la de los soldados de infantería del *Risorgimento* italiano (como los famosos *bersaglieri*) que a los de la guerra de Secesión norteamericana, donde los infantes ante los murallones de las flamantes defensas en las localidades del este no gozaron de la mayor iniciativa y movilidad de los jinetes en las planicies del oeste. En el ejército español, tras las protestas contra las quintas y las alteraciones cantonalistas, se intentó restablecer la disciplina, valorándose el espíritu de sacrificio del combatiente, venero de las virtudes marciales de los españoles según el nacionalismo coetáneo, reverenciador del *almogávar* desde los buenos oficios literarios de Víctor Balaguer en loor del general Prim. La condición de *benemérito* y las medallas de Alfonso XII y de la Guerra Civil con las que fue agraciado acreditaron su valía profesional en unos tiempos de suma dificultad.



Soldados de la III guerra carlista

LA REQUENA COETÁNEA.

A finales de agosto de 1877 Pereyra obtuvo destino en el Batallón de Reserva nº. 62 de Requena. Esta clase de unidades servían de complemento en las emergencias y se encargaban a menudo de vigilar la retaguardia. En 1872 se quisieron desplegar 80 batallones de este género, inspirándose en el sistema militar prusiano vencedor de la Francia de Napoleón III, con soldados licenciados del servicio activo, que tendrían la obligación de permanecer en estas unidades durante tres años. Los Batallones de Voluntarios Francos de la República intentaron en 1873 retomar el proyecto. Se formaron al comienzo 25 batallones, alcanzando en 1875 su número el de 100. El B.V.F.R. de Requena estuvo entre los más madrugadores, y fue uno de los 9 desplegados en tierras valencianas junto al de Alcoy nº. 37, Valencia nº. 41, Alicante nº. 43, Castellón nº. 45, Segorbe nº. 51, Sagunto nº. 54, Játiva nº. 97 y Orihuela nº. 99. De todos modos nuestro hombre ocupó su plaza en un batallón en cuadro, de oficiales sin tropa. Sería suprimida en 1882 la unidad sita en Requena, cuya tierra había padecido los azares de la última carlistada.

En 1874 nuestra localidad se había convertido en un bastión de las fuerzas liberales entre Valencia y Cuenca, tomada por los carlistas temporalmente en septiembre de 1873 al mando de Santés y en julio de 1874 al del infante don Alfonso. En contraposición con lo acontecido en el Norte, los carlistas no lograron levantar en el Centro una autoridad más o menos estable capaz de cobrar contribuciones y de movilizar tropas con cierta regularidad. Sin embargo, sus partidas demostraron con creces su intrepidez, no titubeando a la hora de atacar pequeñas y medianas localidades como Teruel. En las montañas de Chelva se hicieron fuertes y las tropas liberales tuvieron que emplearse a fondo contra ellos. Dada la situación las contribuciones requenenses en efectivo y provisiones al Ejército se acrecentaron de forma más que notable. Las 1.404 pesetas de 1873 se convirtieron en las 173.414 del 74, cuando muchas unidades de todas las armas transitaron por aquí. Todavía en 1875 se gastaron unas 71.219. La paz alivió semejantes dispendios, que en la anualidad de la llegada de don Juan Pereyra sólo alcanzaron las 11.376 pesetas.

Bajo la autoridad del coronel comandante militar de la plaza, auxiliado por la junta de armamento y defensa local, Requena se dispuso para la lucha contra las *partidas latrofaciosas* de los carlistas, especialmente activas en las aldeas, que alcanzaron San Antonio en abril de 1875. Ya en octubre de 1872 los liberales se alzaron con el triunfo en Camporrobles, permaneciendo bien vivo el recuerdo orgulloso de la primera guerra contra el carlismo. Se llamó a todos los varones capaces entre 18 y 60 años a la defensa obligatoria, si bien los forasteros no se adscribían a la milicia si no lo deseaban. Se movilizaron hasta 300 voluntarios, y se destinaron a la localidad 2 compañías de 70 hombres cada una del Regimiento Provincial de Albacete, la Contraguerrilla de Llobe-

ra, 20 artilleros, y 3 batallones, 1 compañía de artillería y 1 sección de caballería de la Milicia Nacional. En El Carmen se estableció un acuartelamiento que dispuso de unas 200 camas. Dotada la plaza de 10 piezas de artillería, se ubicó una batería en la Hoya de Reinas. El mal estado de la muralla en el tramo del convento de las monjas agustinas y la apertura de las calles requenenses preocuparon sobremanera a los defensores. Se recabó del vecindario todo género de materiales con destino a las fortificaciones, adeudándose todavía en 1891 a Claudio Monsalve sus puertas.

Durante la guerra los frágiles gobiernos españoles gastaron a través de la Diputación en Requena 94.670 pesetas, consagrándose el 49% de la suma a las obras de fortificación. Esta cantidad se satisfizo en letras giradas a cubrir inicialmente con los magros fondos municipales, a compensar en el futuro con la aportación de la contribución provincial. Ante semejante compromiso se recurrió a los *consumos* que gravaban las adquisiciones y ventas por los vecinos de los productos de primera necesidad. El cupo de 60.000 pesetas de 1874-75 resultó especialmente difícil de cubrir, y para 1876-77 se intentaron aminorar las 74.000 a una cantidad que terminaría rondando las 42.310 pesetas. Los grandes contribuyentes se habían acogido a la vecindad de otras localidades como Valencia, caso de Enrique Herrero y Moral. De los 13.112 requenenses reconocidos en 1874, unos 9.075 adultos de fortuna más que modesta tuvieron que cargar con el fardo de los consumos. La Requena decimonónica había experimentado una traumática transformación hacia la sociedad liberal marcada por los conflictos, las desamortizaciones, los embates coléricos y la decadencia de la sedería, parcialmente compensada con el auge de la viticultura. La pobreza sentó sus reales, y los tributos exigidos no ayudaron a la recuperación. El 17 de agosto de 1877 se produjo una insurrección contra los aborrecidos consumos en Los Corrales, y el 1 de noviembre de 1880 su principal recaudador se expuso a las iras de los requenenses.

Todo ello no enturbió la simpatía hacia las ideas liberales y la querencia por el ejército que las defendía. Los prohombres requenenses de procedencia varia lo encontraron más favorable a sus intereses que cualquier forma de control absolutista. Las relaciones entre prohombres y oficiales fueron fluidas al converger el interés de la protección con el del aprovisionamiento. En 1875 el comandante general de la II División del Ejército del Centro, el general Salamanca, que había tomado el fuerte del Collado en las montañas de Chelva, recibió del municipio requenense la gratificación de 280 pesetas en gesto de reconocimiento.

La restauración borbónica se aceptó sin grandes problemas en Requena. El 29 de diciembre de 1874 el general Martínez Campos, subordinado del fallecido marqués del Duero, proclamó en Sagunto a Alfonso XII, pese a forzar los planes de Cánovas. El 2 de enero del 75 se ofició un *Te Deum* en El Salvador por el nuevo rey de España. Asimismo el 14 de marzo de 1876 la ansiada Paz se festejó en Requena con alborozo.

En aquella jornada se tañeron las campanas, la artillería miliciana disparó salvas, se engalanó la ciudad con enseñas nacionales, se dio gracias a Dios en El Salvador, se organizó una corrida de novillos en la plaza del Arrabal, en la Glorieta los músicos municipales amenizaron un baile de máscaras, un árbol de cucañas se dispuso en el centro del paseo, y los pasacalles de la banda municipal llevaron la alegría a los atribulados habitantes del casco urbano.

En Requena no sólo encontró don Juan Pereyra algo de paz tras el fragor de los combates y las fatigas de las marchas, sino también a la que sería su esposa, doña Emilia Núñez de Haro y Peinado, a la que estuvo muy unido a lo largo de su dilatada vida. Nacida en Requena, doña Emilia supo acostumbrarse a los distintivos hábitos de la vida castrense. El 11 de enero de 1878 contrajeron matrimonio. El estado de casado no siempre se consideraba el más apto para el de militar, y desde el siglo XVIII se habían desaprobado circunstancialmente las conductas de aquellos oficiales que habían arrastrado casi al campo de batalla a su mujer e hijos, agravando los problemas de alojamiento, manutención e incluso convivencia. De todos modos nadie prohibió el matrimonio de los militares, aunque sí se reguló. Los interesados tenían que solicitar la oportuna licencia de la superioridad, lo que a veces dio pie a situaciones que hoy en día consideraríamos curiosas. En 1866 un capitán pidió a través del Director Militar de Infantería que el alcalde de Requena y el cura párroco correspondiente informaran de la señorita María Encarnación Agapita Villena y García, finalmente aprobada como novia por ser modelo de costumbres intachables, honradez y laboriosidad.

A finales de abril de 1878 la joven pareja dejó Requena por un nuevo destino castrense, pero don Juan Pereyra se llevaría consigo el recuerdo imborrable de unos días de felicidad siempre asociados a esta tierra de espaciosos campos y recortadas montañas en un intenso cielo, a la que siempre volvería gustoso, considerada por este andariego ibicenco su *segunda patria*.



Soldados de la III guerra carlista

LA PACIFICACIÓN Y LOS DESTINOS ESQUIVOS.

Durante la pasada guerra la movilización humana había alcanzado los 100.000 soldados, capaces de vencer más por su número que por su preparación y equipamiento militar a las correosas tropas de don Carlos VII. Los escalafones de la oficialidad, en consonancia, incrementaron sus ya de por sí elevadas cifras, muy altas desde la Guerra de la Independencia. A la altura de 1885 el problema resultaba aún angustioso, pues mientras que en Alemania y Francia la proporción era de 200 soldados por oficial, en España era de 40. La parte del león del presupuesto militar se consignaba en salarios, ciertamente magros para tantos oficiales, y las necesidades de modernización del equipamiento terminaban postergadas.

Se impusieron las *economías*, bautizadas a día de hoy como recortes, que terminaron por recaer en los menos culpables de la situación. Juan Pereyra disfrutó de destino en el flamante Regimiento de Infantería Otumba nº. 51, acantonado en Castellón, entre fines de abril a finales de junio de 1878. De poco le sirvió su historial o que su padre alcanzara el gobierno militar de Ibiza entre 1875 y 1880. Hasta terminar el mes de septiembre de 1882 se encontró en el Distrito de Valencia en situación de reemplazo o percibiendo la mitad del salario sin destino asignado. La situación era irritante para un hombre recién casado con inquietudes profesionales.

Durante demasiado tiempo encadenó estos tiempos de atonía con fugaces destinos. De septiembre del 82 a noviembre del 83 fue ayudante de campo del brigadier jefe de la 2ª. Brigada del Ejército de Valencia Aureliano Esteban de la Reguera. Al cesar el susodicho volvió a enviar al reemplazo a nuestro hombre. Al finalizar enero de 1885 recibió destino en el Batallón de Reserva de Murcia nº. 57, sólo para incorporarse el 11 de febrero al cuadro activo y cesar el 22 del mismo mes (¡). El reemplazo dictó sus condiciones nuevamente hasta el 24 de septiembre del 85.

Los gabinetes presididos por Cánovas del Castillo entre 1875 y 1880 se habían inclinado por un civilismo cristalino o de predominio de la autoridad civil sobre la militar, que algunos interpretaron junto con las *economías* como una clara muestra de desdén por el ejército. La Real Orden del 4 de febrero de 1875 prohibía toda actitud partidista a los militares, y la Ley Constitutiva del Ejército (29 de noviembre de 1878) parecía consolidar un estado de cosas insatisfactorio. No pocos oficiales se acercaron al nuevo partido liberal encabezado por Sagasta en busca de remedio para sus cuitas. Así lo hizo el mismísimo Martínez Campos en 1880, aunque otros fueron mucho más lejos. En octubre de aquel año se fundó la Asociación Militar Republicana de la mano del teniente Miguel Pérez. La paz de la Restauración fue amenazada. En el estío de 1883, el teniente coronel Asensio se pronunció en Badajoz con escaso éxito, pues el levantamiento no fraguó en otros puntos. El 25 de noviembre de 1885 fallecía el rey Alfonso XII a los 28 años de edad, y en 1886 fracasaba la intentona de los generales

y brigadieres sin mando. El equilibrio del *turno* de partidos aconsejaba entregar el gobierno a los liberales para frenar la pendiente del descontento: Sagasta formó nuevo gabinete el 18 de noviembre del 86. En aquel tiempo Juan Pereyra no se involucró en actividades conspiratorias. Siempre fue un militar disciplinado respetuoso con la autoridad constituida, pero sí que afirmaría sus simpatías por el Partido Liberal como atestigua su posterior trayectoria política y sus vinculaciones familiares.

El 22 de abril de 1887 el liberal general Cassola presentó en Cortes su plan de reforma militar, cuyas líneas generales consistían en reducir el número de regiones militares, el establecimiento real del servicio militar obligatorio (permitiéndose su redención sólo en destinos ultramarinos), la defensa del apoliticismo, los ascensos hasta coronel por antigüedad en época de paz, la promoción selectiva desde coronel, el reparto por armas del generalato, la reducción de honores y la creación de una escala de complemento. El plan fue atacado con vigor por militares y civiles, y sus valedores se redujeron a los jóvenes oficiales de infantería y caballería. En el erario público se temió la pérdida de 17.000.000 de pesetas si se abolía la redención. Cayó Cassola y fue sustituido al frente del ministerio por el también general O’Ryan, que por el Decreto del 17 de octubre de 1889 consiguió suprimir los empleos honoríficos o el ascenso hasta coronel por antigüedad.

Tampoco entre los defensores públicos de Cassola encontramos a Juan Pereyra, pero su carrera profesional se vio favorecida por las iniciativas de los gabinetes de Sagasta. Entre el 24 de septiembre de 1885 y abril de 1886 estuvo destinado en el Regimiento de Guadalajara nº. 20, de guarnición en Valencia, como ayudante de campo interino del brigadier vizconde de Miranda, pasando posteriormente hasta fines de marzo de 1890 a ser en la misma capital del Turia el ayudante efectivo del brigadier José March y García. Era don José un oficial de experiencia también originario de las Baleares. Había sido comandante militar de Ponce y Mayaguez en Puerto Rico entre 1874 y 1876, solicitando del Ministerio a través de la Capitanía General de Baleares el abono de las raciones de pienso para los caballos de sus subordinados en 1878-79. Su genio cumplidor y su procedencia geográfica le harían congeniar con Pereyra.

El último período de engorroso reemplazo lo viviría nuestro protagonista de marzo a septiembre de 1890 en Valencia. A partir de este momento los destinos, las menciones y los ascensos fluyeron otra vez para él. El 18 de diciembre de 1890 promocionaría por antigüedad al grado de teniente coronel y al de coronel por idéntico motivo el 8 de junio de 1893 (con efectividad desde el 18 de diciembre de 1892). Teniendo en cuenta que la media de edad de los coroneles españoles era de unos 53 años, podemos considerar que no alcanzó tal graduación demasiado tarde. Los destinos tampoco lo evitaron. Del 22 de septiembre de 1890 al 24 de febrero de 1892 estuvo en el tercer batallón del Regimiento de Tetuán nº. 47 acuartelado en Játiva, con un pequeño interludio por

su ascenso a comienzos del 91. Pasó hasta el 4 de diciembre de 1892 al Regimiento Vizcaya nº. 54 en Valencia. Accidentalmente se encargó hasta el 15 de diciembre del mando del Regimiento y el 5 del de la 12ª Brigada de la VI División.

Volvió a encontrarse con don José March, ahora general jefe de la VI División Orgánica, en calidad de su ayudante de campo desde el 31 de enero a fines de junio de 1893. En la estudiada Reorganización Militar de ese mismo año la España peninsular quedó dividida en siete Regiones Militares, correspondiendo a cada una la unidad orgánica de un Cuerpo de Ejército. La VI División Orgánica abrazó las provincias de Santander, las Vascongadas, Navarra, Burgos y Logroño, con capitalidad en Burgos pese a proyectarse su Cuartel General en Miranda de Ebro. Su conocimiento de este extenso territorio y sus dotes oficinescas le serían de gran utilidad.

A LA SOMBRA DEL MALESTAR FINISECULAR Y DEL DESASTRE DEL 98.

El delicado sistema de la Restauración comenzó a acusar dificultades a fines del siglo XIX. El descenso general del precio de los productos agrícolas espoleado por la competencia internacional ensombreció el horizonte de muchos lugares. Los grupos trabajadores, cada vez más receptivos a los mensajes socialistas, reclamaron medidas de mayor equidad laboral y social. Grupos de intelectuales y hombres públicos pusieron en solfa la hipocresía de la vida política nacional, capaz de proclamar los derechos individuales y de conculcarlos a través del caciquismo. La polémica anticlerical resurgió, afectando a la definición de una España en la que cobraron ímpetu los nacionalismos catalán y vasco. La rebelión armada se desató en Filipinas y resurgió en Cuba una vez más, mientras los EE. UU. del tiempo del imperialismo trazaban planes de guerra contra España.

Hasta cierto punto el coronel Pereyra pudo seleccionar sus destinos. No se incorporó en 1893 ni a la Zona Militar de Tremp ni a la de Jerez de la Frontera, donde el año precedente habían intervenido las tropas contra los grupos anarquizantes que ocuparon la localidad. La agitación se resolvió de momento con la condena a quince años de Fermín Salvoechea y seis procesados más. La militarización del orden público en Jerez le recordaría mucho a Pereyra sus días en la Andalucía del Sexenio. Fugaz, de fines de agosto a finales de octubre del 93, fue su paso por la Zona de Reclutamiento de Alicante, crecientemente castigada por el enojoso problema de los prófugos.

Consiguió acomodo en el Regimiento de Infantería de Játiva, y obtuvo el mando del Regimiento de Albuera en la IV Región Militar, la de Cataluña, entre mayo de 1894 y septiembre de 1895. Pasó al fin a regir la unidad militar que consideraría su hogar en el Ejército, el Regimiento de Mallorca destacado en Valencia.

Mientras tanto la situación en Ultramar cada vez era más angustiosa, especial-

mente cuando se declararon las hostilidades abiertas entre España y los EE. UU., el veterano imperio y el imperio naciente frente a frente. De 1894 a 1897 la Escuela de Guerra Naval estadounidense había ido trazando planes de guerra contra España que se proponían centrar el principal esfuerzo militar en Cuba, librar una gran batalla naval en el Caribe, asignar a la toma de La Habana unos 280.000 soldados, aprovecharse de las acciones de los independentistas cubanos, lanzar una campaña naval contra Manila y desplazar un escuadrón de la armada a la zona del golfo de Cádiz con la intención de entorpecer el comercio español y de bombardear plazas canarias y peninsulares.

El Estado Mayor de la Armada española, de breve vida entre 1895 y 1899, no efectuó planes tan detallados, aunque a la altura de febrero de 1898 se inclinaba por no exponer en exceso la escuadra, centrándose en la protección de la España metropolitana. El almirante Cervera siempre desaconsejó la singladura de nuestras unidades navales hasta el Caribe, pero el peligro de aislamiento marítimo de las numerosas tropas españolas en Cuba obligó a dar el arriesgado paso.

En abril del 98 se creyeron avistar dos cruceros estadounidenses ante Las Palmas de Gran Canaria. Se temió un desembarco enemigo en toda regla en las Afortunadas. El tinerfeño *Diario de Avisos* llamó a la resistencia patriótica según el espíritu de 1797, cuando Nelson fuera derrotado. El 2 de abril el coronel Pereyra salió con destino a Barcelona al frente del 2º. Batallón de su Regimiento para embarcar en el vapor *Antonio López* con destino a Las Palmas.

El 9 del mismo mes llegó a su destino. Las Canarias habían merecido la atención previa del celeberrimo y polémico general Weyler desde la Capitanía General, recibiendo distintas congratulaciones. El 1 de mayo la flota española encajaba una severa derrota en Cavite, y el 7 el coronel Pereyra se hizo cargo de la Comandancia de Lanzarote. El 4 de julio era la del almirante Cervera la vencida en aguas de Santiago de Cuba. Las malas perspectivas de las armas españolas condujeron al armisticio del 12 de agosto. Hasta la firma del Tratado de París el 10 de diciembre se temió que las Canarias se convirtieran en moneda de cambio en el chalaneo de las grandes potencias. Enemistada con Gran Bretaña por cuestiones africanas, Francia temió que sus nuevos amigos estadounidenses se hicieran con el control de algún punto de las Canarias o de Tánger, amenazando sus proyectos marroquíes.

Al final se limitó el alcance geográfico del Desastre y la metrópolis no padeció ataques navales, como los anunciados por la prensa española en La Coruña, Alicante, Palma de Mallorca o Tarragona. El coronel Pereyra resignó la Comandancia de Lanzarote el 23 de agosto, regresando a Valencia el 2 de septiembre. Desde el 14 de agosto a finales del año 1899 disfrutó de licencia por asuntos propios en Requena, la conquense Villagarcía y Madrid.

El Desastre fue vivido con especial intensidad emocional por las clases medias

españolas, muy sensibles a los lugares comunes del nacionalismo coetáneo. Hoy en día se ha rebajado su alcance material e incluso se ha sostenido que los políticos del sistema prefirieron una guerra corta y rodeada de heroicidades que exponerse a la destructora agitación de los republicanos y los carlistas prestos a tacharlos de cobardía en la defensa de la integridad territorial de España. La familia del coronel Pereyra no participó del cinismo atribuido a ciertos responsables y se tomó bien en serio la épica de aquella hora trágica. Su hermano menor Plácido estuvo destinado en las Filipinas en 1897, y fue el vicepresidente de la comisión del monumento conmemorativo que se erigió en Ibiza a uno de los héroes de la defensa por tierra de Santiago de Cuba, el general Joaquín Vara de Rey, inaugurándose en 1904. Asimismo su hermano mayor Vicente había ido en 1869 voluntario a Cuba, donde contrajo matrimonio en 1876 con María Sandoval del Castillo. Ultramar no era nada indiferente a aquellos hombres de las islas Baleares, y el estilo *colonial* del Teatro Pereyra, impulsado por el mismo Vicente junto con otras personalidades ibicencas, es un testimonio de la huella sentimental de unas tierras que fueron españolas.

Requena tampoco se sustrajo a las emociones del 98. Se llamó a filas a unos 134 mozos de nuestra tierra, nacidos alrededor de 1879, coincidiendo con una temporada de fuertes lluvias que dejaron al descubierto la ruina de los edificios del casco urbano y de indigencia de la *clase jornalera*. La miseria no impidió que una vez más los requenenses dieran lo mejor de sí mismos con generosidad. Una maestra llegó a perder a sus dos hijos en Cuba, y el joven campesino Loreto Gallego García defendió hasta el final el pabellón español en Baler, la Numancia de los Últimos de Filipinas, mereciendo el 18



Tipos de soldados de infantería de las tropas carlistas, de Ultramar y de la Guardia Real (1872-1902).

de mayo de 1905 el empleo de portero municipal en recompensa. La contraposición entre impulsos caballerescos y tristes realidades marcarían este nuevo *tiempo del Quijote* del cambio de siglo.

LA GESTIÓN MILITAR BAJO EL REGENERACIONISMO.

La *regeneración* se convirtió en la actitud que debían adoptar los buenos patriotas para restablecer las fuerzas y el buen nombre de España en el concierto internacional tras el Desastre, aunque no todos la interpretaran de igual forma ni coincidieran en los medios de realizarla. Las fuerzas armadas entraron en sus controversias, y se polemizó sobre su preparación técnica, disposición cívica, acatamiento político y responsabilidad social con acaloramiento. El llamado *problema militar* enturbió la imagen del Ejército y agrió la convivencia nacional.

En esta época de debates públicos y cuestionamiento de los militares, el coronel Pereyra estuvo al mando del Regimiento de Mallorca en Valencia hasta febrero de 1902. La capital del Turia y su región también vivían momentos críticos. Las huelgas de mayo de 1900 determinaron la instauración del *estado de sitio*, suspensión temporal y territorial de las garantías legales para restablecer militarmente el orden público. En Játiva unos oficiales asaltaron la imprenta republicana *Bellver* por sus invectivas contra el Ejército, ocasionando un notorio tumulto que estuvo a punto de costarles la vida. Todas estas actuaciones contribuyeron a malquistar a los militares ante amplios sectores de la población civil, especialmente cuando el republicanismo de la mano de hombres como Vicente Blasco Ibáñez cobraba fuerza social y electoral.

La configuración del servicio militar en España provocó la honda hostilidad de muchas personas modestas hacia el Ejército. El liberalismo había defendido que todos los varones tenían el deber de participar en la defensa de la nación a una determinada edad, pero entre 1836 y 1912 se permitió al igual que en otros países como Francia la *redención* del servicio militar, consistente en el pago de una cuantía a cambio de librar al mozo de quintas. Como las condiciones del servicio eran muy adversas, especialmente en tiempos de guerra, muchos modestos propietarios se endeudaban para salvar a sus hijos de tan lesivo deber, que recaía finalmente sobre las espaldas de los más menesterosos, víctimas igualmente del sistema impositivo de los consumos. Tras los intentos reformistas del general Cassola la suma redentora se fijó en 1.500 pesetas para destinos metropolitanos o peninsulares y en 2.000 para Ultramar.

Los ayuntamientos se encargaban de las tareas del reclutamiento de los quintos y se admitían las reclamaciones de talla, enfermedad y motivos familiares. Para atenderlas en cada provincia se crearon en 1896 las Comisiones Mixtas de Reclutamiento, integradas por el gobernador civil como presidente, el coronel de la Zona Jefe como vicepresidente, dos diputados provinciales en calidad de vocales, el jefe de Zona, el

jefe de la Caja de Recluta, un médico civil nombrado por la Comisión Provincial, un médico militar por el Capitán General y el secretario de la Diputación.

Entre junio de 1902 y septiembre de 1906 el coronel Pereyra se encargó de las tareas de la vicepresidencia de la Comisión valenciana, recibiendo cumplidos interesados. El favor de liberar a un mozo del servicio consolidaba el prestigio y el poder de los políticos locales, semillero de los caciquismos. El 19 de diciembre de 1904 Bernardo Pérez lo elogió para que Requena se convirtiera en la cabecera de la Compañía de nuevos reclutas de la 2ª. Reserva. La buena disposición de Pereyra, que se consideraba “*afín a sus habitantes*”, era evidente.

Desde aquella posición dio su primer paso hacia la política. Bajo el régimen de la Constitución de 1876 muchos oficiales se sentaron en los escaños del Congreso y del Senado, participando más a título individual que corporativo. Probó fortuna en el distrito electoral de Requena-Ayora. Se escogía un único representante por cada distrito, siguiendo el modelo británico de designación. El 10 de septiembre de 1905 se hicieron elecciones al Congreso de los Diputados. El municipio de Requena se dividió en cuatro distritos (el Consistorial, el del Portal de las Monjas, el de la Villa y el de las Peñas), subdivididos a su vez en tres secciones.

Pereyra seguía la bandera de los liberales de Montero Ríos, que se alzaron con el triunfo en toda España con 228 escaños en unas elecciones con sufragio universal masculino y fuertes resabios caciquiles, mas en Requena-Ayora el triunfo correspondió al representante del Partido Demócrata de Canalejas (excindido del tronco del Partido Liberal), Fidel García Berlanga. Había pugnado por el escaño desde 1901, y la movilización de los viticultores terminó por auparlo como respetado diputado. La inquietud ante el excedente de vino se impuso a las cuitas de los quintos.

Nuestro hombre prosiguió recorriendo el *cursus honorum* militar, y en septiembre de 1906 fue nombrado general de brigada, ejerciendo como general de la 2ª. Brigada de la VI División hasta junio de 1907 y de la 1ª. Brigada de la V División desde noviembre de 1908 al 14 de agosto de 1911. En el intervalo ejerció como Gobernador Militar interino de la plaza de Cartagena (del 15 de junio al 6 de julio de 1907) y como jefe de sección del Ministerio de la Guerra entre el 24 de septiembre y el 19 de noviembre de 1908. El político conservador Antonio Maura había emprendido en abril de 1907 su *Revolución desde arriba* empeñada en moralizar la vida pública nacional, aunque mantuvo la controvertida Ley de Jurisdicciones que permitía a los militares sustanciar en sus tribunales litigios con civiles que afectaran a su honorabilidad. Alfonso XIII deseaba un ejército y una marina poderosas. El ministro de la Guerra, Fernando Primo de Rivera, quiso forjar una sola División de 16.000 hombres bien entrenados y pertrechados, organizando el resto en unidades paramilitares que sólo perfeccionarían su puntería. El ministro de Hacienda, Bustillo, no secundó estos proyectos, y se apostó

por la reconstrucción de la Armada con la vista puesta en el fomento del comercio a través de la Ley de la Escuadra aprobada en enero de 1908.

Bajo Maura España terminó implicándose en el avispero marroquí, que alejó al general Pereyra de la Península. Entre el 14 y el 24 de agosto había sido Gobernador Militar interino de Valencia, la agitada ciudad, pronto en *estado de sitio*, desde la que saldría con destino a África.



Escena de la vida campamental.

UN OFICIAL EXPERIMENTADO EN EL NORTE DE ÁFRICA.

El 18 de septiembre de 1911 el general Pereyra llegó a una vieja conocida de su juventud, Melilla, erigida el 1 de junio de 1910 en sede de una Capitanía General norteafricana. Alfonso XIII había visitado la ciudad entre el 7 y el 14 de enero de 1911, recibiendo el homenaje puntual de algunos musulmanes de los alrededores. Era el anuncio de nuevas acciones españolas en el norte de Marruecos.

El sultán marroquí no controlaba a fines del siglo XIX gran parte de sus teóricos dominios, reduciéndose al 20% del territorio el gestionado directamente por el *maj-zan*. El resto, el *Blad as-Siba*, estaba en manos de autoridades territoriales, clánicas o religiosas que cobraban los tributos y administraban justicia teóricamente en nombre del distante sultán. El regente Ba Ahmed intentó reducir su libertad de acción, pero se encontró con una fortísima contestación que puso al borde de la desintegración a Ma-

rruecos, cuya situación tentó a las grandes potencias imperialistas. En 1902 la Francia de Delcassé invitó a participar en su reparto a España, que de momento lo rechazó por temor a represalias británicas ante la reducción de su poder en el Estrecho. Tras el acuerdo franco-británico, España entró en el juego y consiguió un área de influencia en el norte en 1904. Las aspiraciones alemanas enturbiaron el ambiente y obligaron a convocar la Conferencia de Algeciras (1906), que reconoció finalmente las zonas de influencia española y francesa. De momento los dos Estados europeos se limitarían a tutelar la formación de unidades policiales en sus respectivas áreas, sin destacar tropas. Una nueva insurrección contra el fantasmal sultán, la de Jilali ibn Dris *el Roghí*, precipitaría los acontecimientos. El Roghí o el pretendiente quiso asegurarse la benevolencia española y realizó concesiones a las compañías mineras de nuestra nacionalidad, que terminaron siendo víctimas de la inquina de sus adversarios rifeños. En julio de 1909 los trabajadores de la Compañía Española de Minas que tendían un puente en monte Uixan serían masacrados, y la reacción militar del gobierno Maura desencadenó las protestas de la Semana Trágica.

Sosegadas momentaneamente las aguas políticas en España y avanzado el desorden marroquí, que determinó la penetración militar francesa, la acción norteafricana ganó ímpetu. En febrero de 1911 las autoridades españolas oficializaron las tropas regulares indígenas, apostando por una política de atracción de las comunidades territoriales o *kabilas*, a veces necesitadas de protección contra las incursiones de las *harkas* o grupos armados. Los españoles avanzaron por la orilla izquierda del Muluya, límite con la Argelia francesa, y por la derecha del Kert, donde el 24 de agosto de aquel año un equipo militar topográfico fue brutalmente asesinado por los hombres de dos destacados *santones*, El Mizian y el *qaid* Hay Amar, que unieron sus fuerzas contra los españoles en una gran *harka*.

Melilla disponía de un perímetro exterior de 52 posiciones defensivas de importancia distinta, sobresaliendo el gran campamento de Nador. Allí se encaminó el general Pereyra el 6 de octubre para tomar el mando de una columna integrada por efectivos de las tres armas y ambulancias de campaña. A su frente relevó en Yadumen a la columna del general Orozco, guardando las comunicaciones hacia el río Kert. En los combates de su margen izquierda cayó herido el entonces coronel Miguel Primo de Rivera. El 11 de octubre se hizo cargo en el Zoco al Had de Benisicar de una nueva columna, la formada por el Regimiento de Infantería de Guadalajara, un escuadrón del de Caballería de Alcántara, una sección de ametralladoras y una batería de artillería de montaña. Alcanzó las posiciones de Ras Medina e Ishafen, punto avanzado ante las crestas del Talusit, donde recibió el refuerzo de su estimado Regimiento de Mallorca. En los cruentos combates cayó el general de división Salvador Arizón, encargándose Pereyra circunstancialmente del mando operativo en el sector.

En Melilla mientras tanto había llegado el ministro de la Guerra el general Luque con la intención de agilizar las operaciones. Los 283 oficiales y 8.464 soldados necesarios para guarnecer la plaza habían sido aumentados a 13 generales, 1.338 oficiales y 40.229 soldados para la campaña. Se llegó a proyectar un desembarco en la bahía de Alhucemas, que al final se descartó por temor a ulteriores complicaciones.

En noviembre los representantes del sultán intentaron mediar entre los *santones* y los españoles con escaso fruto. Desde el lado español se pensó que todo era una añagaza para reforzar a sus enemigos con fuerzas procedentes del Sus, y los combates prosiguieron casi sin interrupción. Desde las lomas del Talusit, enclavadas a la izquierda del Kert, los rifeños *paqueaban* o abrían fuego contra las aguadas de los españoles, que en consonancia emprendieron acciones desde sus posiciones de Ishafen. Entre el 16 y el 22 de noviembre el general Pereyra descolló en la toma del Talusit sur y de las barrancadas del norte y más bajo, así como en las tareas de fortificación de las cotas recién conquistadas. Allí también alcanzó el reconocimiento militar otro hombre que brillaría con luz propia, el entonces capitán José Miaja.

A continuación se encargó de Nador, cuyo sector no parecía *a priori* tan expuesto como el de Ishafen. Sin embargo, los *santones* no cejaron en su empeño. El 22 de diciembre sus huestes atravesaron el Kert y se desplegaron entre Ishafen y Melilla. La División Orgánica melillense lanzó contra aquéllas hasta cinco columnas. En los combates de Zeluan se comportó Pereyra valerosamente.

A comienzos de 1912 las armas españolas pasaron a la acción, esta vez con la mirada puesta en Monte Arruit, en cuya ocupación el 7 de enero participó nuestro hombre al frente de una de las siete columnas de nuestro ejército, compuesta por el Regimiento de Mallorca, la Sección de Ametralladoras, la I Compañía del 6º. Regimiento de Ingenieros, la IV Batería del 1er. Regimiento de Montaña, una estación óptica, una ambulancia y fuerzas irregulares. La acción fue arriesgada por el terreno, y en ella cayó herido otro nombre conocido de la Historia militar española del siglo XX, el aún comandante de infantería Sanjurjo. Pereyra no tuvo que deplorar muchas bajas entre sus hombres y su actuación mereció justo homenaje. Nunca se comportó como un jefe temerario que menospreció a sus adversarios, a los que nunca perdió el respeto para terminar fatalmente aniquilado como hiciera el infausto general Silvestre. Indiscutiblemente su experiencia ante los carlistas le enseñó mucho acerca del valor de los hombres y la sangre fría de los oficiales en el campo de batalla. Su conducción de las funcionales columnas tiene puntos en común con las del teniente general Frederick Roberts en la batalla de Kandahar en 1880, cuando los británicos desalojaron a los afganos de sus posiciones de Ayub Khan con disciplina en la formación, precaución, maniobras de distracción, buen uso del poder artillero y determinación calculada.

Elegido diputado, el general Pereyra resignó el mando el 6 de febrero de 1912, meses antes del tratado hispano-francés que reduciría la extensión de nuestro protectorado a 19.900 km cuadrados que costarían demasiado caros a los españoles. Tuvo la dicha de abandonar Marruecos invicto y sirviendo al legítimo poder constituído de la nación.



El general Pereyra, según fotografía publicada en La voz de Requena el 23 de agosto de 1925.

ENTRE LA MILICIA Y LA POLÍTICA.

Los lazos familiares le franquearon esta vez la entrada en el Congreso de los Diputados. Su hermano Vicente encabezaba junto al naviero Abel Matutes Torres una de las grandes facciones de los Liberales ibicencos, especialmente influyentes en *La Marina*. Cuando muera en 1919 el gran dirigente liberal Ignacio Riquer Llobet, *Montero*, las parcialidades entablarán una fuerte lucha por el control local del Partido: la de Carlos Román Ferrer (primero *albista*) y la de don Vicente aliada de Juan March, que pasó de la obediencia del conde de Romanones a la de Santiago Alba. El resquebrajamiento de los partidos del *turno* socavaba el sistema de la Restauración.

En las elecciones del 8 de mayo de 1910 fue escogido por el distrito de Ibiza y Formentera un incombustible de la política lugareña, el también liberal Cipriano Garijo. Nacido en Montoro en 1838, había sido Gobernador Civil de las Baleares en 1874 y diputado por el susodicho distrito en 1881 y 1905. Gran impulsor de las obras del puerto ibicenco, murió en Madrid a fines de 1911. Juan Pereyra lo sustituyó en el escaño entre el 6 de febrero de 1912 al 2 de enero de 1914.

En esta época don Juan disfrutó de una serie de distinciones, como la de Gentilhombre de Cámara, con acceso al rey, en premio a sus acciones en Marruecos. En febrero de 1913 fue elegido el vigesimonoveno presidente de la Sociedad Valenciana de Agricultura, de la que era socio desde el 13 de noviembre de 1879. No tomó, empero, muchas decisiones, ya que a los pocos días presentó su dimisión irrevocable al haberle impuesto una multa el Gobernador Civil por una cuestión relacionada con el juego. No sabemos si detrás de su renuncia hubo un punto de severa moralidad personal o el deseo de evitar enfrentamientos estériles con sus rivales políticos liberales o conservadores. De todos modos el 6 de febrero alcanzó el grado de general de división.

A estas alturas de la vida su preferencia por las tierras valencianas era incuestionable, y en situación de *cuartel* permaneció en la capital del Turia (con visitas a la cercana Requena) hasta que el 24 de febrero de 1915 se hiciera cargo de la 11ª. División. La Gran Guerra había estallado con fuerza, y en la neutral España debatían con apasionamiento aliadófilos y germanófilos. A veces se temió que sus controversias salieran de los cafés en los que se arreglaba el mundo, y el país se viera arrastrado al conflicto con la aquiescencia de ciertas potencias (como Francia en 1917). Se encarró una vez más el delicado problema de la remodelación de las fuerzas armadas. El ministro liberal de la Guerra Luque había postulado en 1913 el despliegue de una fuerza de primera línea de 215.000 hombres agrupados en ocho divisiones capaces de combatir en una contienda europea, de una segunda línea con 90.000 hombres en ocho divisiones de reserva y 60.000 en batallones capaces de defender la Península, y de una fuerza colonial de 80.000 voluntarios españoles y marroquíes. En 1914-15 el conservador Echagüe, el que fuera Capitán General de Valencia entre 1911 y 1913,

intentó desplegar ocho divisiones, reducir el aparato burocrático, retomar la idea de un Estado Mayor sin competencias de personal y consagrado a su cometido técnico, y modernizar el equipamiento militar. Ninguna de las dos propuestas consiguió fraguar por falta de visión y problemas de inestabilidad política, dejando un Ejército con serios problemas internos de organización, quejoso de su situación y demasiado utilizado en la imposición del orden público.

Del 23 de julio al 28 de diciembre de 1916 el general Pereyra ejerció el Gobierno Militar de Cartagena y de la provincia de Murcia, donde tuvo que encararse a un clima de protesta social alimentado por las consecuencias económicas de la I Guerra Mundial sobre nuestro país. El aumento del paro y la bajada salarial en el Arsenal alimentaron la difusión del anarquismo entre sus trabajadores. En los alrededores mineros de Cartagena también se daba una situación similar, y las protestas en El Descargador en 1916 se saldaron con 7 muertos y 16 heridos de resultas de la actuación de la Guardia Civil.

En 1917 nuestro hombre mandó la V División hasta el 17 de octubre. En aquel intenso año, que tantas novedades contempló, Dato reconoció las Juntas de Defensa, agrupaciones que decían velar por los derechos de los militares ante la administración de *los politicastros*. El hastío y la subversión flotaban en el ambiente español hasta tal extremo que el 18 de julio se intentó proclamar la República en Godelleta y Buñol. Quizá cansado de muchas cosas don Juan Pereyra pasó a la situación de primera reserva el 8 de mayo de 1918. El antiguo cadete que luchara en Alcolea se jubilaba.

EL PROHOMBRE REQUENENSE.

Con una aceptable pensión de 2.500 pesetas asociada a la Gran Cruz de la Real y Militar Orden de San Hermenegildo, el general Pereyra fijó su residencia en sus queridas tierras valencianas, pudiendo disfrutar de Requena por más tiempo. Por desgracia España no vivía tiempos tranquilos. Todo amenazaba con hundirse. La paralización de las exportaciones de vinos desde la Gran Guerra había herido a los productores requenenses con violencia. Los pobres labriegos tuvieron que recurrir a la morigerada Caja del Pósito, los mayores contribuyentes aflojaron los cordones de sus bolsas, y el riesgo de tuberculosis, viruela y gripe se cernió sobre una población empobrecida, poco vacunada y con problemas de agua potable. En el semanario republicano *La voz de Requena* se tildaba a la administración local *la barraca*, covachuela de negligencias y tratos caciquiles. Pese a su abolición formal en 1911, los odiados consumos continuaban cobrándose, y los créditos municipales pendientes de recargo seguían creciendo, llevando a la hacienda requenense a la asfixia. El pesimismo del 98 volvía a cobrar carta de naturaleza, hablándose de *otra Cuba que se perdía*. *La tumba de Marruecos* amargaba al pobre Juan Español, el arquetípico maño que simbolizaba a la indómita ciudadanía española desde el siglo XIX.

Como la época no inclinaba al reposo don Juan Pereyra retornó a las lides, esta vez políticas. En las elecciones generales de diciembre de 1921 presentó una vez más su candidatura por el distrito de Requena-Ayora. Los republicanos lo saludaron como el adalid del liberalismo local contra los *carlistas*, pues el candidato conservador, el utielano Rafael Marín Lázaro, formaba parte del sector más confesional del Partido Conservador encabezado por Dato. Pereyra no obtuvo la victoria, con gran disgusto de muchos, y a Marín Lázaro le tocaría en suerte defender como diputado a los responsables del espantoso Desastre de Annual según el Informe Picasso. El desquite en cierta manera le llegaría a don Juan en las elecciones municipales de junio de 1921, cuando patrocinó junto al senador liberal García-Berlanga Pardo la *candidatura anticaciquil* de los abogados Luis Sánchez Sánchez y José García Montés, del médico Faustino Pérez Manglano y de Ricardo Pardo Arocas. Don Luis Sánchez era hombre de confianza del general Pereyra en Requena.

El 13 de septiembre de 1923 el Capitán General de Cataluña Miguel Primo de Rivera daba el golpe de Estado que anuló el régimen constitucional de 1876. Fue aceptado por muchos hastiados y deseosos de *regeneración* que después encontrarían insoportable su dictadura. El nuevo ayuntamiento requenense se adhirió al Directorio Militar y atribuyó el déficit de la hacienda local a los *compadrazgos* anteriores. No en vano Primo de Rivera se atribuyó el papel del *Cirujano de hierro* esbozado por Joaquín Costa, cuya misión sería la de extirpar el cáncer caciquil. El 30 de noviembre del 23 el Directorio amparó ante los municipios todas las quejas de los ciudadanos ante los éditos. Los Pereyra acogieron bien a Primo de Rivera. El hermano menor de Juan, Plácido, fue comandante del Somatén o *Sometent* de Cataluña hasta 1924, año en el que murió repentinamente en Valencia a los sesenta años. Vicente, el hermano mayor, rigió la alcaldía de Ibiza entre marzo y septiembre de 1926.

El 16 de agosto de 1925 don Juan Pereyra fue homenajeado en Requena al dedicársele la avenida que todavía lleva su nombre. *La voz de Requena* refiere el 23 de agosto el desarrollo de los actos en su honor: alocución del general, discursos en respuesta a cargo de figuras como Venancio Serrano Clavero y descubrimiento a los sonos de la banda municipal de la lápida de la avenida con su nombre, ubicada en su primera vivienda en Requena. En este homenaje latía el ideal de la España liberal del siglo XIX, servida por hombres públicos y cantada por literatos de inclinaciones románticas. Don Juan tenía el gusto de contemplar su nombre en el callejero junto al de Castelar, Pi y Margall, Cánovas, Canalejas, Dato y Fidel García Berlanga, además de los de Pérez Galdós, el poeta Herrero y Serrano Clavero. La disparidad de los políticos mencionados puede resultar sorprendente para una persona actual, pero a su modo reflejaba la primigenia aspiración *patriótica* (más tarde definida como *populista* por los politólogos) de los primeros liberales, la de una gran familia nacional en la que cabían

las opiniones razonables y se desterraban los enfrentamientos cainitas. En esta comunidad el caballeroso general Pereyra encarnaba una Edad Media reverenciada, alejada de toda realidad histórica punzante. Era bienhechor con una tierra tan gloriosa como generosa capaz de devolver con creces el favor. Este lenguaje edulcoraba con retórica los vínculos clientelares del caciquismo, muy capaz de ensalzar en propio beneficio el orgullo local. Serrano Clavero trazó en el homenaje una rápida instantánea de la Historia de Requena con acentos muy numantinos, cuyos antecedentes intelectuales se remontaban a los siglos XVI y XVII. Esta Requena capaz de cautivar el corazón del general Pereyra era personificada por su esposa doña Emilia Núñez de Haro, a la que el propio Serrano Clavero dedicó este poema de estética digna de los Juegos Florales, a los que tan aficionados eran los literatos valencianos de la *Renaixença de quant blanc*:

*Señora: las flores son
lenguaje del corazón,
y en su rica variedad,
ellas hablan de pasión,
de recuerdo y amistad.*

*Con mi cortés reverencia,
os ofrezco de Valencia
rosas, nardos y claveles,
que son emisarios fieles
de mi dulce complacencia.*

*Recibidlos noble dama,
de un poeta vagabundo
que en busca de amor y fama
va cruzando por el mundo,
y hoy a vuestras puertas llama.*

*Rosas, dalias y verbenas,
limpias de villano lodo,
os doy por cristiana y buena,
y porque sois, ante todo,
hija amante de Requena.*

*En este dichoso día
en que vuestro esposo fiel
recibe honor y alegría,
enlazad a su laurel
la modesta ofrenda mía.*

*Que ella será la expresión
de un afecto puro y sano
que trajo a vuestra mansión
un poeta muy "serrano"
Que os quiere de corazón.*

Caídos en desgracia Primo de Rivera y el rey Alfonso XIII, la República se proclamó en España un 14 de abril de 1931. El anciano general la juró el día 22. Otro tiempo histórico se avecinaba, como ya presintiera don Juan en 1925 cuando instó a la nueva generación a no arredrarse ante las dificultades. El 6 de marzo de 1932 abandonaba este mundo en Valencia. Su condolida viuda, que pronto le seguiría un 9 de junio del mismo año, agradeció por carta el acuerdo municipal ante su defunción. Presidía el ayuntamiento desde el 21 de enero el radical-socialista Faustino Gómez López, que no tuvo inconveniente en honrar en aquella hora de luto el ideal de la España liberal. Tuvo la dicha el general Pereyra de no presenciar los horrores de la Guerra Civil que tantas vidas segó y tantos ideales de convivencia entre compatriotas cercenó. El 3 de diciembre del 36 el nombre de su avenida fue cambiado por el de Buenaventura Du-

rruti. Su colección de armas antiguas fue aprehendida por los milicianos y expuesta como trofeo de guerra del ejército republicano de armamento tomado a sus adversarios en el frente de Teruel, pese a contarse entre las piezas machetes de los autóctonos de las Filipinas. Hoy en día los restos mortales de don Juan Pereyra y de su esposa doña Emilia Núñez de Haro reposan en el cementerio de Requena. En el siglo IV Amiano Marcelino sostuvo en sus *Res gestae* que:

“Lo realmente cierto es que ni Escipión ni Valente disfrutaron de una sepultura, que es el último de los honores.”

La generosa Requena sí que ha tenido esta gentileza con aquel veterano soldado cuya serenidad y sencillez en el trato destacaron las personas que lo conocieron.

FUENTES DOCUMENTALES.

Archivo General Militar de Segovia.

Personal. Expediente del general don Juan Pereyra y Morante.

Archivo Histórico Nacional.

Ministerio de Ultramar, 5297, Exp. 14.

Archivo Municipal de Requena.

Libro de actas municipales de 1875-76, *nº.* 2771.

Libro de actas municipales de 1897, *nº.* 2796 y 2797.

Libro de actas municipales de 1898, *nº.* 2795.

Libro de actas municipales de 1905, *nº.* 2791.

Libro de actas municipales de 1917, *nº.* 2887 y 2886.

Libro de actas municipales de 1922, *nº.* 2881.

Libro de actas municipales de 1924-26, *nº.* 2878.

Libro de actas municipales de 1932-33, *nº.* 2870.

Correspondencia de la Alcaldía (solicitudes, certificados, expedientes, edictos, etc.), 1902-36, *nº.* 3748/13.

Correspondencia del Gobernador Militar, 1863-68, *nº.* 1283.

Libro de suministros al Ejército, 1868-78, *nº.* 1817/2.

Semanario *La voz de Requena*, 1920-31.

BIBLIOGRAFÍA.

ATIENZA, Antonio, *Africanistas y junteros: el ejército español en África y el oficial José Enrique Varela Iglesias*, Valencia, 2012 (Tesis doctoral).

AA. VV., *Técnicas bélicas de la época colonial, 1776-1914. Equipamiento, técnicas y tácticas de combate*, Madrid, Editorial Libsa, 2009.

- BALFOUR, Sebastian, *El fin del imperio español (1898-1923)*, Barcelona, Crítica, 1997.
- CARDONA, Gabriel, *El problema militar en España*, Madrid, Historia 16, 1990.
- ELORZA, Antonio y HERNÁNDEZ SANDOICA, Elena, *La Guerra de Cuba (1895-1898). Historia política de una derrota colonial*, Madrid, Alianza Editorial, 1998.
- FERNÁNDEZ ALMAGRO, Melchor, *Historia política de la España contemporánea*, Madrid, Pegaso, 1956
- FORNER, Salvador, *Canalejas y el Partido Liberal Democrático (1900-1910)*, Madrid, Cátedra e Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1993.
- MADOZ, Pascual, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar*, 16 vols., Madrid, 1845-50.
- MARIMON, Antoni-SERRA, Sebastià (dirs.), *Diccionari de partits polítics de les Illes Balears (1900-2008)*, Palma de Mallorca, Lleonard Muntaner-Institut d'Estudis Baleàrics, 2012.
- MARTÍN, Saturnino, *La pérdida de Filipinas*. Edición de Juan Batista González, Madrid, DASTIN, 2002.
- MARTÍNEZ ORTIZ, José y GÓMEZ GARCÍA, Raúl, *Fidel García Berlanga*, Utiel, Gráficas Alarcón por la Diputación Provincial de Valencia, 2001.
- MARTÍNEZ RODA, Federico, *Varela. El general antifascista de Franco*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2012.
- NAVARRO, Francisco Javier-CIFUENTES, José Luis, "El coste humano de la Guerra de Cuba para Iniesta (1895-1898)", *YANASTA. REVISTA DE HISTORIA*, nº. 2-abril 2013, Centro de Estudios de la Manchuela, pp. 96-114.
- PUELL, Fernando, *Historia del Ejército en España*, Madrid, Alianza Editorial, 2005.
- RODRÍGUEZ LÓPEZ, Enrique, "El "desastre" de 1898, en "Diario de Avisos", de Tenerife, *REVISTA LATINA DE COMUNICACIÓN SOCIAL*, 9-septiembre de 1998, La Laguna, 13 págs.
- RODRÍGUEZ LLOPIS, Miguel, *Historia General de Murcia*, Murcia, Almuzara, 2008.
- SALES, Nuria, *Sobre esclavos, reclutas y mercaderes de quintos*, Barcelona, Ariel, 1974.
- SERRANO, Carlos, *El turno del pueblo. Crisis nacional, movimientos populares y populismo en España (1890-1910)*, Barcelona, Ediciones Península, 2000.
- TRASK, David F., *The war with Spain in 1898*, Nueva York, MacMillan Publishing, 1981.
- VERA DE LEYTO, Jorge, *Un soldado de África (1909-1931)*, Requena, Imprenta GOVI, 2011.
- VIDAL, Javier, *Comerciantes y políticos (Alicante, 1875-1900)*, Alicante, Cámara Oficial de Comercio, Industria y Navegación de Alicante e Instituto de estudios Juan Gil-Albert, 1987.
- VIÑARÁS, Antonio-José, *De la Dictadura a la República: 1931 según el "Diario de Ibiza"*, Palma de Mallorca, 2011 (Memoria de investigación).